

XV

Toda la parte delantera de la planta baja, formaba un gran salón, decorado con lujo, donde Isolina recibía las visitas en las horas de sol. Las esterillas finas que cerraban los huecos, adornados con macetas, filtraban la luz suavemente, dejando la habitación en una penumbra agradable que, al principio, no permitía ver claro. Distinguíanse los bultos, las manchas claras de las carnes, el brillo de los ojos, y oíanse las voces, de timbres discordantes. Medio á ciegas, Juan hizo saludos, contestó á las presentaciones, estrechó las manos que se le tendían. Luego trató de buscar un rincón; pero Isolina le hizo sentarse á su lado y le obligó á contestar á sus preguntas inacabables. Mientras hablaban, Juan, cuyos ojos se habían por fin atemperado á la semioscuridad del salón, fué observando á los contertulios.

Al lado del ama de la casa, sentada en una marquesina, erguía su busto rígido, seco, una se-

ñora, manifiestamente vieja, pero llena de afeites y postizos, que pretendían ocultar los años. Se la veía hondamente preocupada por no descomponerse, y para ello, no se movía apenas, aunque tuviese trabada conversación con alguien colocado á su espalda.

— Esta debe ser doña Antigua — pensó Juan.

Más allá, otra señora, joven todavía, de cara picaresca pero antipática, charlaba con tres más de un feo subido, que á la lengua se denunciaban por solteronas y por hermanas. A Juan se le figuró que debían ser *Las Tres Gracias*, y oyó que llamaban á su interlocutora con el nombre de Amparo. Visiblemente, Amparo, aunque parecía muy interesada en hablar con las solteronas, se parecía por dejarlas y venirse junto á Isolina. Miraba mucho á Juan y, seguramente, espiaba la ocasión de levantarse y meter cucharada en el diálogo del forastero é Isolina.

Junto á una ventana, doña Micaela entreteníase en examinar varias macetas de cactus, uno de ellos en flor, cuyas propiedades parecía explicarle un caballero anciano, grueso, de cara bondadosa, que hablaba lentamente, moviendo sin cesar unos ojillos avispados tras los cristales de las antiparras, que iban resbalándole por la nariz.

En el sofá, don Vicente escuchaba á un moce-ton rubio, colorado, de mirar duro é insolente, que charlaba por los codos, atropellándose á cada momento y levantando la voz cada vez que don Vicente le interrumpía diciendo:

— ¡No exagere usted, Llorca!

Frase que se repetía cada pocos minutos.

Por fin, en un ángulo del salón, cerca del piano, había un grupo de gente joven, mujeres y hombres — entre ellos Eugenia y Cristóbal — que cuchicheaban, reían, se levantaban y se volvían á sentar, como si les corriera azogue por las venas. Juan detuvo su mirada en el grupo, complacido por aquella explosión de vida que evocaba en él la dormida conciencia de su juventud.

Por resultado del aislamiento á que le habían llevado sus aficiones intelectuales y de lo especial del círculo en que se desarrollaron las luchas absorbentes de los últimos tiempos, Juan había ido dejando correr los años sin darse cuenta de que eran los de un joven, á quien el mundo ofrecía atractivos y placeres, que ya no se repiten. Vivió ajeno á las ilusiones de su edad, abstraído en sus preocupaciones, sin ver más que un aspecto de la vida; de tal modo, que el sentido de la juventud se atrofió en él cuando todavía no había traspuesto el límite de ese período de la existencia en el hombre.

Si alguna vez recordaba — á impulsos de lecturas novelescas — sus años de estudiante, en que los anhelos de la inteligencia iban mezclados con otros, removedores de afectos muy íntimos, le parecía mirar á un mundo muerto, dejado muy atrás, como cosa que estorbaba en el camino y que no había de recoger nuevamente. A su lado pasaba el amor sin que él le concediese una mirada, como no se la concedía á los soldados de plomo con que ju-

gaban los niños. Más de una mujer, de las que incidentalmente se relacionaban con Juan, había sentido una contrariedad molesta al ver aquel joven que en lo físico conservaba todas las energías de su edad y en orden al sentimiento parecía helado; y más de una, también, sintió deseos de atraerlo, de reanimarle la vida afectiva, de sondear un corazón que, para otras cosas, era tan grande y tan generoso. Pero él se escurría, hurtaba el cuerpo, no por sistema, ni por horror á la mujer, sino arrastrado por la obsesión de sus luchas, de sus trabajos, comprendiendo que no tenía tiempo para otra cosa, faltar, también, de interés bastante hacia ellas; de tal modo, que, al fin, las gentes se habían acostumbrado á ver en él un solterón insensible á las emociones amorosas y absorbido por la vida intelectual.

Y ahora, no sabía por qué, aquel grupo de muchachas, alegres, bulliciosas, traspirando calor de juventud, le atraía, despertando en su espíritu un movimiento simpático. Sin disimular su impresión (cosa que, por otra parte, le hubiera sido imposible), las miró largamente. Una de ellas, morena, de ojos grandes, negros, febriles, la boca fresca y sonriente, quiso sostener la mirada. Parecía atrevida, segura de su poder; pero acabó por ruborizarse intensamente y volver la cara á otro lado.

— ¡Mucho cuidado, Juan! — dijo en voz baja Isolina, que había visto aquel incidente. — Blanca es una de nuestras morenas más peligrosas.

Rehízose Juan, molestado porque le hubiesen

sorprendido aquel movimiento, que ahora consideraba como una debilidad. Se creyó en ridículo ante aquella reunión de personas en su mayor parte desconocidas, pero que, seguramente, no podrían ver en él lo que él mismo no veía: un hombre todavía joven, que tiene derecho á sentir como los jóvenes. Disimuló un gesto de disgusto, poniéndose muy colorado, y no contestó á Isolina. Sin comprender la causa verdadera de aquel aturdimiento, la dueña de la casa tuvo la discreción de procurar á Juan una salida.

— Me ha dicho Micaela — dijo — que habla usted divinamente el inglés. Aquí tenemos también quien lo habla á la perfección... aquella señora... ¡Amparo!

La señora vió el cielo abierto al oírse nombrar. Bruscamente, se levantó, dejando con la palabra en la boca á una de las *Gracias*, y vino á sentarse al lado de Juan.

— No crea usted á esta adúladora — exclamó con marcada coquetería. — He hablado mucho el inglés, por necesidad, cuando estábamos en la emigración; pero aquí no hay casi con quien practicarle... ¿Ha estado usted en Inglaterra?

— Sí, señora, varias veces. En 1876, la primera...

— En ese año estaba yo también, con mi difunto marido. ¿Conoció usted quizá al marqués de Urgelles? Muy amigo nuestro... Pero no, no lo conocería usted, no podía conocerlo. Ya sé que usted es de los de la cáscara amarga, de los que no

quieren migas con nosotros, los pobrecitos reaccionarios, defensores de la tradición genuinamente española.

Quedóse Juan atónito ante rociada semejante; y buscaba ya una contestación cortés, que no se le ocurría buenamente, cuando Isolina intervino, dando explicaciones.

— Amparo, ahí donde usted la ve, es una heroína de nuestras guerras civiles. No se ha batido nunca, por supuesto; pero ha seguido la suerte de su causa, ha comido el «negro pan» de la emigración y ahora se dedica á escribir en *El Lábaro* contra los pícaros liberales... y liberalas, como yo, por ejemplo.

— No empieces con bromas, Isolina — interrumpió Amparo. — Es verdad que escribo, y ¿cómo no, ante la furia de la marea ascendente de impiedad y descreimiento que amenaza inundarnos? No me meto en política propiamente dicha; pero la educación cristiana de la mujer, la conservación de la familia española tradicional, que se va perdiendo, eso sí me preocupa... ¿No es justo que me preocupe?... — Dirigióse á Juan nuevamente y añadió: — Hemos de discutir mucho, mucho. A mí me gustan los hombres de talento, aunque no sean de mis ideas y experimento en ellos la fuerza indestructible de mi doctrina: á todos los he vencido, créalo usted; todos tienen que confesar su carencia de argumentos contra los principios de orden, de modestia, de religiosidad que defiendo.

Hablaba la dama cada vez más alto, y á su voz habían ido acercándose los demás contertulios, excepto la pollería, que estaba á la sazón ocupadísima en decidir cuál sería el juego de prendas con que se inauguraría la tarde. Juan sentíase cada vez más molesto por el giro que había tomado la conversación y por tener que contestar á una señora. Pero Llorca le ahorró el trabajo. Había sido carlista y ahora figuraba en el partido conservador, echándose de oportunista y combatiendo por perturbadores á sus antiguos correligionarios. Tenía particular inquina á Amparo, cuyos pujos periodísticos le fastidiaban, parte, porque era enemigo del feminismo y, parte, porque Amparo le había criticado alguna vez en sus artículos. La discusión se enzarzó al punto; y de tal manera hubo de absorberles, que Juan, ayudado por una hábil maniobra de Isolina, pudo escurrirse y cambiar de sitio, con pretexto de ver unos paisajes de Haes, que la dueña de la casa tenía en gran estima. Uniéronse don Vicente y el señor de las antiparras, que comenzó á hablar con gran tino de la historia de la pintura. Pero como amenazaba prolongar mucho el discurso, Isolina le interrumpió:

— Don Ciro, ¿cómo no va usted á la barraca? Va siendo la hora de los pájaros.

— Tiene usted razón, señora, tiene usted razón — exclamó don Ciro, en quien aquel recuerdo produjo una excitación singular. Saludó y salió, apresurándose todo lo que pudo.

— Es un alma de Dios — dijo don Vicente. —

Dale cazar pájaros con liga y ya lo tienes contento.

— ¿Y qué le parece á usted Amparo? — preguntó Isolina en voz baja.

— No sé qué decir — contestó Juan con toda franqueza.

— Me lo figuro. Pero todavía se asombrará usted más si le digo que esa partidaria del orden y de la familia, no tiene orden ni concierto en su casa.

Sonrió Juan y dijo:

— Pues no me asombro.

Isolina lanzó una carcajada tan sonora, que todos los que estaban en el salón volvieron la cabeza sorprendidos.

■■■■■■■■■■

XVI

Se sirvió la merienda en pleno jardín, cubierto ya de sombras, bajo un pino gigante que olía á resina fresca. Las señoras, al tiempo que comían, hablaban de teatros y de vestidos. Llorca procuraba explicar á Juan, que le oía con gran aburrimiento, el mecanismo de la política provinciana. La gente joven, en que Eugenia figuraba por su humor bromista, prefirió coger su ración y comerla sin cesar de correr por el jardín. Don Vicente había desaparecido.

Como era natural, Llorca aprovechó la ocasión para hablar pestes de Amparo.

— Es una pedante, amigo mío. Cree saber de todo y no sabe nada. ¿Y manirrota? No puede usted figurarse. Aquella casa es una desdicha. Gracias que no tiene más que una hija, una bea-
tona que no sale nunca de la iglesia... Ya habrá usted notado que la madre es muy mundana... No tardará usted en oírla suscitar alguna conver-

sación picaresca. Lo que es para eso, ¡ya tiene gracia, ya!

Juan contestaba con monosílabos, cada vez más aburrido y ganoso de marcharse.

— Atienda usted ahora — observó Llorca. — Hablan de novios. Verá usted qué bromitas se le ocurren.

Juan no escuchó; por el contrario, trató de llevar á otro terreno la conversación. Le repugnaba todo género de espionaje. Por otro lado, las señoras hablaban muy á menudo á coro, ó á dúo por lo ménos, y era difícil coger una frase completa.

Llorca concluyó por comprender que Juan no le hacía caso; y como era mujeriego, algo más que platónico según decían los murmuradores, se acercó al grupo de las señoras, con ánimo de secuestrar para sí á Isolina. Á pesar de sus años, la dueña de la casa conservaba cierta frescura que, unida á la simpatía de su cara y á lo abierto de su genio, producían un conjunto atractivo. Llorca, aunque joven, era ya viudo de dos mujeres y no le acababa de disgustar Isolina para reincidir.

Juan aprovechó la ocasión y dió media vuelta, buscando una salida que le llevase lejos de la tertulia sin que se percatasen de ello los demás.

Como siempre, Isolina vino en su auxilio:

— ¿Busca usted á su tío? — preguntó. — Siga usted ese andén de la izquierda, todo seguido, y mucho me engaño ó encontrará á don Vicente.

Con una inclinación de cabeza, agradeció Juan

el aviso y tomó el camino indicado. El andén era estrecho, sembrado de grava menuda multicolor, traída de la playa, y lo cubría como un dosel doble fila de árboles frutales, muy bien cuidados, detrás de cuyos troncos asomaban los macizos de heliotropos, geranios, verbenas y dalias. Un suave perfume, compuesto de las emanaciones de mil flores, aromatizaba el ambiente y excitaba cierto prurito soñador en la imaginación, aumentado por la sombra misteriosa de la arboleda, silenciosa é inmóvil. Caminaba Juan sin prisa, ganoso de prolongar aquellos momentos de soledad, doblemente agradables después del barullo y la insulsez de las conversaciones con Amparo y Llorca. Al mismo tiempo iba pensando:

— ¿Por dónde encontrará mi tío alegre y graciosa esta reunión? Nada más triste que ver juntas las eternas vulgaridades de la vanidad, la coquetería, la soberbia, la ligereza y la futilidad, sin ningún chispazo de elevación que las contrarreste. Esa Amparo es una marisabidilla insufrible. Llorca me parece un cuco mal intencionado. Doña Antigua pospone todo lo del mundo á mostrarse menos vieja de lo que es. Las *Tres Gracias* son unas charlatanas agriadas por su fealdad... No, seguramente aquí no renacerían mis preocupaciones de antes; pero, en cambio, me consumiría el aburrimiento... La única persona simpática es esa Isolina que, en medio de su ligereza, es franca, alegre, y procura que todo el mundo lo pase bien á su lado.

Se detuvo para contemplar una mata de claveles que echaba sus flores rojas, como gotas de sangre, sobre el borde del camino. Cogió una de ellas y la aspiró con delicia. El perfume dulzón evocó en Juan las imágenes de juventud que, poco antes, le había despertado la morena de ojos febriles; y al mismo tiempo, por extraña coincidencia, sonaron muy cercanas las frescas voces de la turba juguetona, que corría por el andén próximo. Juan tuvo un momento de vacilación. Le atraía aquel bullicio, que se armonizaba extrañamente con la dulce serenidad de su alma y el apacible silencio del campo. Había en él como un llamamiento, que levantaba ecos oscuros en rincones polvorientos y olvidados de la memoria; y por un instante, le pareció á Juan que encontraba en sí algo perdido; que frente á la conciencia de su persona actual erguía otra que no había muerto y que aspiraba á vivir plenamente. Tuvo que hacer un esfuerzo grande para no correr en busca de los jóvenes. Veía claramente que, en la paz actual de su espíritu, volvían á dibujarse con trazos enérgicos aspiraciones y ensueños que en otra época constituyeron lo más hondo de su intimidad; á la manera que en un estanque cuyas aguas han sido removidas, la vuelta al reposo hace que se deposite el limo oscuro, permitiendo que se reflejen de nuevo con limpieza los contornos de las orillas y se transparente el suelo cubierto de algas y bullente de vida.

Pero otra vez la conciencia de lo presente venció á la evocación de lo pasado. El temor al

ridículo tuvo más fuerza que la sugestión de la juventud, que pugnaba por reconquistar sus fueros; y Juan siguió adelante, acariciando por un movimiento inconsciente la barba espesa, que seccionaban por cien partes los hilos plateados, evocadores de ideas de vejez.

El camino torcía hacia la izquierda, abandonando el jardín y entrando en un bosquecillo de pinos, cuyos troncos se destacaban en negro sobre el fondo de luz rojiza con que el sol poniente manchaba el horizonte. A trechos, la intensidad del rojo era tal que deslumbraba y hacía ver todas las cosas teñidas del mismo color. Juan avanzó, resbalando sobre la espesa capa de hojas secas que crujía bajo los pies, en dirección á un claro del bosque desde el cual se dominaba el grandioso espectáculo del crepúsculo; pero no había andado muchos pasos cuando oyó un suave «¡chist! ¡chist!» que parecía dirigirse á él. Miró á todos lados, sin encontrar alma viviente; pero como el llamamiento continuaba, avanzó más, y á poco si no tropieza con el tejadillo de una casa diminuta, que parecía hundida en el suelo. En el muro, muy escaso, que sobresalía, abríase una puerta capaz, á lo sumo, para dar entrada á un niño. La puerta se abrió, dejando ver un espacio subterráneo del cual emergían el corpachón venerable y la cara bondadosa de don Ciro. Hizo seña con la mano para que entrase Juan, indicando á la vez la necesidad del silencio, y Juan, encogiéndose, metió las piernas por la estrecha abertura y bajó tres escalones.

Inmediatamente cerró don Ciro, y arrimando mucho su cara á la de Uceda, cuchicheó levemente estas palabras:

— Perdone usted que le haya detenido... Iba usted á espantarme los pájaros; y hay un jilguero precioso que quiere beber.

Juan estuvo á punto de echarse á reír; pero al momento se sintió ganado por la candorosa expresión que tenía la cara de don Ciro, en quien parecía retoñar algo de aquella misma alegría de los niños y de los adolescentes cuya sencillez de motivos había ya seducido á Juan más de una vez en pocas horas. El contraste era verdaderamente curioso, entre aquel don Ciro que momentos antes revelaba ser un hombre de cultura, y el que ahora se entretenía en cazar jilgueros como un rapaz de pocos años. Había tal ingenuidad en esta diversión, irradiaba tal gozo, intenso y puro, de aquella cara abolsada y rugosa, que no hacía falta más para ver tras estos signos un alma sencilla, de gustos modestos, que, en medio del artificio de la vida social, cuya acción, año tras año, debía haberle impreso honda huella, mantenía cierto amor á las cosas naturales y refrescaba sus energías caducas con placeres primitivos, de un ritmo sosegado y apacible.

— ¿Quiere usted saber cómo se caza? — siguió diciendo don Ciro con el mismo misterio de antes.

Hizo el joven un signo afirmativo con la cabeza, y se asomaron ambos á una especie de mirilla abierta en la pared opuesta á la entrada, á la

altura de los ojos. Delante del apostadero, el claro del bosque ensanchábase, formando los árboles como un semicírculo en el centro del cual había excavada una fosa poco profunda, recubierta de cemento y llena de agua. A uno de los lados de ella veíase recogida una red finísima, que parecía estar en relación con ciertos soportes metálicos de pocos centímetros que de trecho en trecho se levantaban al rededor de la fosa.

— Aquí vienen á beber — dijo don Ciro, — y cuando están dentro, tiro de estos cordeles que pasan por el agujero que usted ve y la red cierra rápidamente la boca del bebedero. Pero, por si acaso, uso también varitas con liga... No se mueva usted; ahí está el jilguero.

En uno de los pinos revoloteaban varios pájaros, con gran algarabía. Distinguíase bien el bullicioso vocear de los gorriones y las notas argentinas, melódicas, del jilguero codiciado. Dos de ellos bajaron á poco, con gran resolución, deteniéndose en el linde de la fosa. Con incesante movilidad, miraban á uno y otro lado, daban saltitos á la derecha, á la izquierda, de frente, como vacilando, positivamente recelosos. El jilguero bajó también, muy decidido, moviendo su cabecita roja y negra. Á don Ciro le temblaban las manos; y Juan advirtió también que la cabeza venerable se movía igualmente, con un temblorcillo nervioso. Cogió el anciano las cuerdas, preparándose para el momento crítico; y ya se disponía á tirar, cuando sonó muy cerca la voz de don Vicente, que á

grandes gritos llamaba á Juan. Los pájaros volaron, y don Ciro quedó por un momento inmóvil, sin soltar los cordeles, con una expresión de contrariedad tan grande, que rayaba en lo cómico. Al fin, desahogó el mal humor dando una patada en el suelo y exclamando con un tono que quería ser enfadado, pero que más bien parecía próximo á terminar con lágrimas:

— ¡Caranches! ¡Qué inoportuno ha sido ahora don Vicente!

Juan sintió una lástima profunda de aquel anciano, que veía quebrada su ilusión de toda la tarde; y á la vez que abría la puerta para contestar á los llamamientos, trató de consolarle como podía haberlo hecho con un niño. En el fondo, él también se sentía contrariado por aquella brusca interrupción de una escena que tan perfectamente se acomodaba con el tono apacible de su espíritu, inclinado cada vez más á las distracciones sencillas y solitarias, en que el cerebro trabaja poco y apenas se siente vivir.

